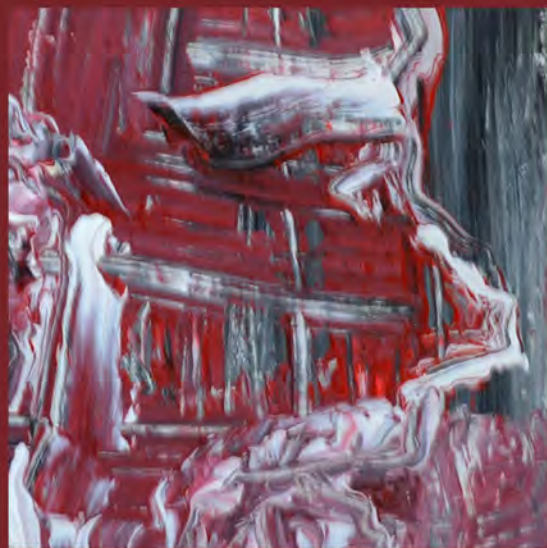


VIDA COETÁNEA

de Ramón Llull



y 28 pinturas
de Antonio Oteiza



Esta versión de la VIDA COETÁNEA
corresponde a la editada por la
FUNDACIÓN ROSACRUZ

©Pinturas del libro
(Originales en pintura acrílica
sobre tablero)
ANTONIO OTEIZA

©Fotografías
LUIS PEÑA

©Diseño, maquetación
y portada del libro J.BEMERGUI

©Editores: IGNACIO OTEIZA 2014

ISBN: 978-84-617-0403-3
Depósito Legal: M-17191-2014

Impreso en Madrid - mayo 2014
eimpresion hispania, SL
C/ Ramon y Cajal, 109 posterior
Madrid- España

VIDA COETÁNEA

de Ramón Llull

y 28 pinturas
de Antonio Oteiza

Índice

Prólogo	5
VIDA COETÁNEA	8
SERIE DE RAMÓN LLULL	
1_ La visión de Cristo	9
2_ Estaba aterrorizado	11
3_ La vida la entregaba por los árabes	13
4_ Debía escribir un libro	15
5_ Unos monasterios para aprender idiomas	17
6_ Subió a la iglesia	19
7_ Al igual que san Francisco, se desprendió de todo	21
8_ Se viste un sencillo hábito y compra un sarraceno para aprender árabe	23
9_ Golpeó al sarraceno que había blasfemado	25
10_ El sarraceno le quiso matar	27
11_ El Señor iluminó su mente	29
12_ En la abadía compuso su libro <i>Ars Major</i>	31
13_ El pastor besó sus libros	33
14_ Un fraile franciscano examinó sus libros	35
15_ Un monasterio con 13 frailes	37
16_ Leyó en París un comentario de su <i>Ars Generalis</i>	39
17_ Se quedó paralizado por el miedo	43
18_ Una pálida estrella	45
19_ Prefirió su propia condenación antes que la pérdida del <i>Ars</i>	47
20_ Se embarcó para Túnez con sus libros	51
21_ Tuvo confrontación con los sabios de Mahoma	53
22_ Fue sacado de la cárcel y siguieron las tribulaciones	57
23_ En Mallorca embarcó para Burgia, Argelia	63
24_ Le dijo a Ramón: aduce una razón para que yo crea	65
25_ Fue golpeado y llevado a la cárcel	67
26_ Naufragó cerca del puerto de Pisa	71
27_ Quiso la unión de los caballeros cristianos y la conquista de Tierra Santa	73
28_ Sus libros se divulgaron en 3 lenguas	77

Prólogo

Lo que aquí viene en llamarse “vida coetánea”, se podría entender como algo añadido, de una vida añadida a otra, acoplada, la que era interior, a otra vida. Dos vidas en un solo hombre.

Así parece que viene a suceder en la existencia de Ramón Llull, que algo nuevo venía a descubrirse en su interior, algo superior a él mismo, algo generoso e impulsivo, que en él vinieran a conformarse esas dos personas en una, o ya también que su persona se desdoblara en dos, que una fuera la visible, y la otra, la interior, la fantástica y desbordante.

Fue creativo a lo grande, clarividente, tenía un imaginar para todo, poseedor de todos los saberes de la época, una fuerza continuada y desconcertante según aparece en el breve relato de su vida.

Se le conoció como el Doctor Iluminado, que alguna luz de lo alto debió alcanzarle para contar los tantos secretos que tiene la existencia, y eso él mismo nos lo viene a decir, que una luz le orientó de la manera que debía escribir sus libros, y también para que fueran tantos.

Todo se le hacía cercano y transparente a su mente, y en el razonar no tenía opositores. Su teología se hace un largo razonamiento, su fe se acompaña de la razón, y trasciende más. Llull es un místico.

Pero de manera muy especial su vida estaba orientada por la fuerza de un espíritu evangélico y misionero, que quería que la verdad alcanzara a todos, pero de manera más preocupante para él, a los sarracenos, a los mahometanos que los tenía tan cercanos a su isla de Mallorca.

Quería la conversión de todas las gentes, proyectó centros en donde aprendieran los misioneros las distintas lenguas para ser eficaces en las diversas regiones, y él mismo aprendió árabe.

Visualizaba los conceptos, mira a las cosas y dialoga con ellas, las describe, las hace hablar, escenifica las virtudes, su describir se hace afectuoso, siempre cercano y llega.

Escribe también en la naciente lengua catalana, y viene así a elevarla en expresión literaria.

Pone también cierto simbolismo al relatar su conversión y vida interior, que las gracias que llegan de lo alto, mejor guardarlas en la sombra.

Escritura rápida, segura, sin correcciones, la idea unida a la forma, a Llull se le siente complacido cuando escribe, como si en esa creatividad encontrara una compensación a sus padecimientos.

Es un gran buscador, y hasta de su propio martirio, que lo busca, que así podrá dar testimonio de su condición de cristiano.

El mismo se siente sobrecargado por su pasión, y muy cierto que lo estaba, sus días siempre al borde de todos los riesgos.

Habla de Dios, y de la Trinidad como si dejara de ser un misterio para su palabra.

Hace el mapa de los cielos, relaciona a las estrellas, las agrupa, las dibuja.

Manipula la materia. Es la época de los alquimistas, y son ellos los que proclaman, a Llull, como su patrono, pero él dice que eso de hacer oro no es posible para el poder del hombre, que sólo la naturaleza puede transformar a la misma materia.

Y luego sus viajes, tan continuados, tan aprovechados los tiempos en esas detenciones para el escribir nuevos libros. Y de Túnez a París a conferenciar en la Sorbona. Como si esa voz de lo alto le orientara para ir de una parte a otra, siempre en vueltas por el Mediterráneo.

En continua misión evangelizadora, en obediencia a esa voz, a esa iluminación que le llegó a su mente y a su corazón.

En un tiempo que estaba presente la filosofía escolástica, Llull no la tuvo cercana y confecciona su propio sistema, que él cargaba más bien con un sentir franciscano, que también entonces estaba presente en la vida, y a él mismo se le viene a representar con el hábito franciscano. Que también hizo Llull su cántico a las criaturas, y lo hizo prolongado, a toda existencia, universal hermandad, que se sentía realmente fraterno con la totalidad.

Trovador, sin domicilio alguno, lo suyo era el camino, hombre sin fronteras, proclamado como santo en su tiempo y hoy también por la Iglesia Católica.

Murió en 1316 con algo más de 80 años, pero 3 años antes le contó su vida al compañero.

Y a ese relato que el compañero escribió, le he querido acompañar con unas pinturas, y eso quizá por alguna oculta apetencia por querer estar con mayor detención cercano a Ramón Llull.

VIDA COETÁNEA

(1) En honor, alabanza y amor del único Señor Dios nuestro Jesucristo, cediendo a los insistentes ruegos de ciertos amigos suyos religiosos, contó Ramón y permitió que se escribiera el siguiente relato sobre su conversión a la penitencia y sobre algunos hechos suyos.

(2) Cuando Ramón era senescal de la mesa del rey de Mallorca, era todavía joven y se entregaba en demasía a la composición de vanas cancioncillas o poemas, así como a otras licencias de este siglo. Una noche estaba sentado junto a su cama, dispuesto a componer y a escribir, en su lengua vulgar, una cancioncilla sobre cierta dama a la que entonces amaba con un amor loco.

Mientras comenzaba a escribir la dicha cancioncilla, miró a la derecha y vio al Señor Jesucristo como colgando en la cruz. Ante esta visión se asustó y, dejando lo que tenía en las manos, se metió en la cama para dormir.



Estaba aterrizado

(3) Al día siguiente, sin embargo, se levantó y volvió a sus vanidades de siempre, sin preocuparse para nada de aquella visión. Al contrario, bien pronto, casi ocho días después, en el mismo sitio que anteriormente y casi a la misma hora, se preparaba de nuevo para escribir y acabar su antes dicha cancioncilla.

Y el Señor se le apareció por segunda vez en la cruz, como anteriormente. Más aterrizado aún que la primera vez, volvió a meterse en la cama y se durmió.

Pero ni siquiera al día siguiente, olvidando la aparición que se le había presentado, abandonó su lascivia. Al contrario, poco después se esforzaba en acabar la canción comenzada, hasta que el Salvador se le apareció sucesivamente -siempre de la misma forma- una tercera y una cuarta vez, con algunos días de intervalo.

(4) A la cuarta, o incluso a la quinta vez, como es la creencia más extendida, se metió en la cama completamente aterrizado, y pasó toda aquella noche reflexionando consigo mismo, preguntándose una y otra vez qué debían significar aquellas visiones, tantas veces repetidas.



Estaba aterrizado

Por una parte, su conciencia le decía que aquellas apariciones no pretendían otra cosa sino que dejase el mundo de una vez por todas, a fin de dedicarse, en adelante, enteramente al servicio del Señor Jesucristo.

Por otra parte, sin embargo, su conciencia se reconocía culpable desde tiempos atrás, e indigna del servicio a Cristo. Y así, unas veces discutiendo consigo mismo sobre estas cosas, otras veces rogando a Dios encarecidamente, pasó aquella trabajosa noche sin dormir.

Al fin, por don del *Padre de las Luces* (Stg. 1, 17), consideró la mansedumbre, paciencia y misericordia que Cristo tuvo y tiene hacia cualquier pecador, y así entendió por fin que Dios quería con toda certeza que él, Ramón, dejase el mundo y desde aquel momento sirviera íntegramente a Cristo de todo corazón.

(5) Comenzó, pues, a pensar y preguntarse interiormente cuál sería el servicio más agradable a Dios. Y le pareció que nadie podría prestar a Cristo un servicio mejor y más grande que el de entregar la vida y el alma por Su amor y honor (*Jn. 10, 11; Jn. 15, 13; I Jn. 3, 16*); y ello, convirtiendo a su culto y servicio a los sarracenos, que por su gran número rodean a los cristianos por todas partes.



La vida la entregaba por los árabes

Pero en medio de estos pensamientos, volviendo a su realidad, comprendió que carecía de conocimientos para una empresa de tanta envergadura, puesto que ni siquiera había estudiado algo de gramática (latín), a lo sumo el mínimo. En consecuencia, con el ánimo abatido, comenzó a lamentarse mucho.

(6) Mientras daba vueltas a estos lúgubres pensamientos, he aquí que -sin saber él mismo cómo, aunque Dios sí lo sabe- irrumpió en su corazón, llenándolo por completo, un poderoso dictado de la mente, según el cual él mismo debía, más adelante, escribir un libro, el mejor del mundo, contra los errores de los infieles.



Debía escribir un libro

No obstante, como no veía ni la forma ni la manera de hacer tal libro, estaba muy perplejo. Pero cuanto más perplejidad sentía sobre el particular, con tanta mayor fuerza crecía en su interior aquel instinto o dictado sobre la composición del citado libro.

(7) Pero, por el contrario, consideraba que, aunque con el tiempo el Señor le concediera la gracia de escribir el dicho libro, poco o nada podía hacer él solo, especialmente porque ignoraba por completo la lengua arábica, que era la propia de los sarracenos.

En esto se le vino a la mente presentarse al Papa, también a los reyes y príncipes cristianos, con el fin de incitarlos y obtener de ellos que en diversos reinos y provincias apropiados a este fin se instituyeran monasterios, donde religiosos elegidos y otras personas idóneas para esta tarea estuviesen dedicados a estudiar los idiomas de los dichos sarracenos y otros infieles, con el objeto de que, de entre estas mismas personas convenientemente instruidas allí, siempre dispuestas, se pudieran tomar algunas a propósito y enviarlas a predicar entre los sarracenos y otros infieles, mostrándoles la pía verdad de la fe católica (universal) que está en Cristo.



Unos monasterios para aprender idiomas

(8) Habiendo pues concebido firmemente en su alma estos tres propósitos, es decir, aceptar la muerte por Cristo, convirtiéndose infieles a su servicio, escribir el susodicho libro, si Dios se lo concediera, así como solicitar monasterios para el aprendizaje de diversas lenguas, como hemos indicado más arriba;

al día siguiente, por la mañana, subió a una iglesia que no estaba muy lejos de allí, y con lágrimas devotas rogó largamente al Señor Jesucristo que le hiciera digno de llevar a término, según Su beneplácito, las tres predichas cosas que Él mismo había inspirado misericordiosamente a su corazón.



6

Subió a la iglesia

(9) Vuelto a continuación a su vida habitual, como todavía estaba demasiado acostumbrado a la vida y licencia del siglo, durante los tres meses siguientes, hasta la siguiente fiesta de san Francisco, fue bastante tibio e indolente en la persecución de los predichos tres proyectos que había concebido.

Pero en aquella fiesta, con ocasión de la prédica de un obispo a los frailes menores, en presencia de Ramón, [escuchó este] cómo el citado san Francisco lo había dejado y desechado todo, para adherirse sólo a Cristo más firmemente, etc. Entonces el propio Ramón, impresionado por el ejemplo de san Francisco, vendió rápidamente sus posesiones, reservando tan sólo una pequeña parte para el sustento de su mujer y sus hijos.



Al igual que san Francisco, se desprendió de todo

Entonces, entregándose totalmente a Cristo, se marchó, con la intención de no volverse nunca atrás, dirigiéndose a Santa María de Rocamador, a Santiago de Compostela y a otros diversos lugares santos, con el fin de rogar al Señor y a sus santos que tomaran la dirección de aquellos tres proyectos que, como ya se ha dicho, había inspirado el Señor en su corazón.

(10) Cumplida dicha peregrinación, se preparó para salir inmediatamente hacia París con el fin de aprender allí gramática (latín) y alguna otra ciencia adecuada a su propósito. Pero sus padres y amigos, y especialmente fray Ramón de la orden de los predicadores, quien en otro tiempo había recopilado las *Decretales* de Gregorio IX, con sus persuasiones y consejos le disuadieron y le hicieron volver a su ciudad, es decir, a Mallorca.

(11) Después que hubo llegado allí, dejó de vestirse como acostumbraba habitualmente y adoptó para sí un sencillo hábito del paño más basto que pudo encontrar. Y de esta manera, en la misma ciudad, aprendió un poco de gramática. También compró allí mismo un sarraceno, con el cual aprendió la lengua arábica.



8

Se viste un sencillo hábito y compra un sarraceno para aprender árabe

Nueve años después, un día que Ramón estaba ausente, sucedió que aquel sarraceno blasfemó el nombre de Cristo. Cuando Ramón, al regresar, supo esto por los que le habían oído, movido por un exceso de celo por la fe, golpeó al sarraceno en la boca, en la frente y en la cara.



9

Golpeó al sarraceno que había blasfemado

Y el sarraceno, que a raíz de aquello concibió un desmesurado rencor, comenzó desde aquel momento a maquinarse de qué forma podría matar a su señor.

(12) Secretamente se procuró una espada, y un día que vio a su amo sentado a solas, se abalanzó de repente sobre él, al tiempo que le hundía la espada, gritando con un bramido terrible: “¡Eres hombre muerto!”

Pero aunque Ramón repelió algo, como Dios quiso, el brazo con el que su atacante sostenía la espada, de todas formas sufrió por el golpe una herida grave, aunque no mortal, por encima del estómago.

Mas haciendo valer su fuerza, se montó encima del sarraceno y le arrebató la espada violentamente.



El sarraceno le quiso matar

Cuando luego acudió la gente de la casa, prohibió Ramón que matasen al sarraceno. Pero les dio permiso para que lo encarcelaran, amarrado, hasta que él mismo hubiera reflexionado sobre que era preferible hacer con él. Pues le parecía duro matar a la persona que le había enseñado la lengua que tanto había deseado, es decir, el árabe. Pero temía despedirlo o retenerlo por más tiempo, sabiendo que de allí en adelante no cesaría de maquinarse hasta lograr su muerte.

(13) Así que, perplejo ante este asunto, subió a una abadía próxima, y allí con gran encarecimiento rogó a Dios sobre aquello durante tres días. Pasado este tiempo, sorprendido de que todavía le quedara en el corazón la misma perplejidad, y que el Señor, a su parecer, no hubiera atendido de ninguna manera su oración, regresó triste a su casa.

Habiéndose desviado durante el camino para llegarse a la prisión con el fin de visitar a su cautivo, encontró que este se había ahorcado él mismo con la cuerda con la que había sido hecho prisionero.

Dio pues Ramón gracias a Dios con alegría, ya que le había conservado las manos inocentes de la muerte del sarraceno y al mismo tiempo le había librado de aquella grave perplejidad, por causa de la cual poco antes le había dirigido tan angustiosas súplicas.

(14) Después de esto, Ramón subió a una montaña no muy alejada de su casa, con el fin de contemplar allí a Dios con un mayor sosiego. Y cuando no llevaba aún ocho días completos allí, sucedió que cierto día, mientras estaba absorto mirando el cielo, de pronto el Señor iluminó su mente, dándole la forma y manera de hacer el libro contra los errores de los infieles antes mencionados.



11

El Señor iluminó su mente

Dando por ello infinitas gracias al Altísimo, bajó Ramón de aquella montaña, y regresando en seguida a la antes dicha abadía, comenzó allí a ordenar y componer aquel libro, que primero tituló *Ars Major* y más tarde *Ars General*.

Basado en este *Arte* compuso más tarde muchos libros, como diremos luego; en ellos desarrollaba extensamente los principios generales [llegando] hasta los más específicos, de acuerdo con la capacidad de las mentes sencillas, tal como la experiencia le había ya enseñado.

12



En la abadía compuso su libro *Ars Major*

Cuando hubo compuesto este libro suyo en aquella abadía, subió Ramón de nuevo a la montaña, y en el lugar exacto donde puso los pies cuando el Señor le mostró el sistema del *Arte* en aquella montaña, hizo que le construyeran una ermita, donde habitó sin interrupción por espacio de cuatro meses o más, rogando a Dios día y noche que, por su misericordia, condujera con éxito para el honor de Dios y el provecho de su Iglesia tanto a él mismo como al *Arte* que le había inspirado.

(15) Mientras así permanecía en la ermita se le presentó un pastor de ovejas, joven, de bello y alegre aspecto, que en una sola hora le dijo tantas y tan grandes cosas sobre Dios, los seres celestes, es decir, los ángeles y otros, como, según le pareció, cualquier otro hombre difícilmente lo hubiera podido hacer en dos días enteros.

Y cuando aquel pastor vio los libros de Ramón se puso de rodillas y los besó, regándolos con sus lágrimas y diciéndole a Ramón que aquellos libros conseguirían muchas cosas buenas para la Iglesia de Cristo.



13

El pastor besó sus libros

Bendijo aún aquel pastor a Ramón con muchas bendiciones a la manera de los profetas, persignando su cabeza y todo su cuerpo con la señal de la Cruz, y se alejó.

Y Ramón, considerando todas aquellas cosas, quedó maravillado, pues nunca había visto a aquel pastor antes, ni había oído a nadie hablar de él.

(16) Después de esto, el rey de Mallorca, habiendo oído que Ramón había compuesto unos buenos libros, envió a decirle que acudiese a Montpellier, donde residía en aquel momento.

Cuando Ramón llegó allí, el rey hizo examinar sus libros por un cierto fraile de la orden de los menores, especialmente unas meditaciones que había preparado dedicadas particularmente a todos los días del año, asignando treinta párrafos especiales a cada día, meditaciones que aquel fraile, no sin admiración, encontró llenas de profecía y de devoción católica (universal).



14

Un fraile franciscano examinó sus libros

Entonces, en aquella ciudad, Ramón compuso un libro sobre el susodicho *Arte* que le había sido inspirado en la montaña, titulándolo *Ars Demonstrativa*. Y también lo leyó allí públicamente.

Sobre él escribió asimismo una *Lectura*, explicando cómo la primera Forma y la primera Materia constituyen un Caos Elemental, y cómo los cinco Universales y los diez Predicamentos provienen de ese Caos y son contenidos en él, según la verdad católica y teológica.

(17) Por la misma época, Ramón obtuvo del mencionado rey de Mallorca que se construyera, en su reino, un monasterio dotado con las posesiones adecuadas, y que trece frailes menores se instalaran allí para aprender el árabe, con el fin de convertir a los infieles, como se ha dicho más arriba; y que a aquellos frailes, como también a quienes les sucedieran en el mismo monasterio, se les asignaran a perpetuidad, de las citadas posesiones, 500 florines anuales para subvenir a sus necesidades.



15

Un monasterio con 13 frailes

(18) Después de esto, Ramón marchó a la corte de Roma, para ver si conseguía del señor Papa y de los cardenales la construcción por el mundo de monasterios similares para la enseñanza de diversas lenguas.

Pero cuando llegó a la corte encontró que el Papa, es decir, don Honorio, acababa de morir. Por ello, abandonando la corte, dirigió sus pasos hacia París, con el fin de comunicar allí al mundo el *Arte* que había recibido de Dios.

(19) Llegando pues Ramón a París en tiempos del canciller Bertoldo, leyó allí en su aula un comentario del *Ars Generalis*, por mandato especial del predicho canciller.



16

Leyó en París un comentario de su *Ars Generalis*

Cuando hubo leído allí este comentario y hubo visto la reacción de los estudiantes, regresó a Montpellier. Allí redactó de nuevo el libro, y lo leyó públicamente con él título de *Ars Veritatis Inventiva*; en éste, como en todos los libros que compuso a partir de entonces, puso sólo cuatro figuras, eliminando, o más bien disimulando, a consecuencia de la fragilidad del entendimiento humano que había experimentado en París, doce figuras de las dieciséis que antes aparecían en su *Arte*.

Una vez cumplidas convenientemente todas aquellas tareas en Montpellier, salió apresuradamente en dirección a Génova, donde en una breve estancia tradujo al árabe el predicho libro, es decir, el *Ars Inventiva*.

Hecho esto dirigió sus pasos a la corte de Roma, llevado por su antiguo deseo de conseguir la fundación por el mundo de monasterios para la enseñanza de diversas lenguas, como se ha explicado más arriba.

Pero pudiendo sacar poco provecho allá, en ese momento, en relación con su propósito, a causa de las intrigas de la corte, con un plan decidido regresó a Génova, para desde allí embarcarse

hacia la tierra de los sarracenos, para ver si por lo menos él, aunque solo, podría lograr algo entre ellos, discutiendo con sus sabios y demostrándoles, según el *Arte* que Dios le había inspirado, la encarnación del Hijo de Dios, así como la beatísima Trinidad de las divinas personas en total unidad de esencia, Trinidad en la cual los sarracenos no creen, antes bien, en su ceguera, afirman que nosotros los cristianos adoramos tres dioses.

(20) Al divulgarse rápidamente entre los genoveses la noticia de que Ramón acababa de llegar para embarcarse hacia la tierra de los sarracenos con el fin de convertirlos, si podía, a la fe de Cristo, el pueblo quedó muy edificado, esperando que por medio de él Dios haría algún bien notable entre aquellos mismos sarracenos. Pues los genoveses habían oído que el propio Ramón, tras su conversión a la penitencia, había recibido por inspiración divina, en cierta montaña, una ciencia santa para la conversión de infieles.

(21) Pero aunque Dios *había visitado* así a Ramón con tan gran alegría del pueblo, por así decir en *un amanecer, súbitamente empezó a probarlo* (*Job 7, 18*) con una gravísima tribulación.

Pues cuando la nave y todo lo demás estaba preparado, como se ha dicho, para emprender la travesía, y embarcados todos sus libros y demás cosas necesarias, en ciertos momentos le vino a su mente como una idea fija, a saber, que si iba al país de los sarracenos, nada más llegar lo matarían o al menos lo encerrarían en prisión perpetua.

Por lo cual Ramón, temiendo por su piel, como en otro tiempo el apóstol san Pedro en la pasión del Señor, (*Mt. 26,70-75; Lc. 22, 56-62; Jn.18, 17 y 25-27; Mc. 14, 66-72*), olvidó su antedicho propósito, o sea, su decisión de morir por Cristo convirtiendo infieles a su culto, y se quedó en Génova, detenido y paralizado por el miedo, y por el momento completamente abandonado a sí mismo, pues Dios lo permitió o lo dispuso, tal vez para que no presumiese vanamente de sí.



Se quedó paralizado por el miedo

Cuando dicha nave ya se había alejado de Génova, Ramón sufrió tanto remordimiento de conciencia, por el enorme escándalo contra la fe que acababa de dar al pueblo al quedarse, que cayó en una profunda desesperación, estimando que con toda certeza Dios lo iba a condenar por ello.

Como resultado, fue preso interiormente de tanto dolor de corazón que enfermó incluso externamente, es decir, su cuerpo reaccionó con una altísima fiebre. Y así, se fue debilitando en Génova durante largo tiempo, sin revelar a nadie la causa de su dolor, hasta quedar reducido prácticamente a nada.

(22) Por fin, cuando llegó el día de la santa fiesta de Pentecostés, se hizo transportar o conducir a la iglesia de los frailes predicadores. Y mientras oía a los frailes cantar el himno *Veni Creator*, se dijo para sí gimiendo: “¡Ay! ¿No podría, por ventura, salvarme ese Espíritu Santo?” Y así, conducido o transportado a causa de su debilidad al dormitorio de los frailes, allí mismo se echó sobre una cama.

Mientras yacía allí, mirando hacia arriba, vio en el punto más alto de ese edificio una lucécita pequeña, como una pálida estrella, y escuchó una voz, procedente del lugar donde estaba la estrella, que le dijo estas palabras: “En esta orden te podrías salvar”.



Una pálida estrella

Así que Ramón, enviando a buscar a los frailes de aquella casa, solicitó ser vestido en seguida con su hábito; pero los frailes difirieron el hacerlo, pues el prior se hallaba ausente.

(23) Vuelto pues Ramon a su residencia, recordó que los frailes menores habían acogido el *Arte* que Dios le había inspirado en la montaña con más estima que los antes citados predicadores. Por eso, esperando que los mismos frailes menores promoverían con más eficacia dicho *Arte* para honor del Señor Jesucristo y utilidad de su Iglesia, pensó dejar a los predicadores y entrar en la orden de los frailes menores.

Mientras estaba con estos pensamientos se le apareció a su lado, como colgando de la pared, un cinto o cuerda como la que se ciñen precisamente los menores. Habiéndose reconfortado con aquella visión apenas como una hora, mirando en la distancia vio encima de él aquella luz o estrella pálida que ya había visto, como dijimos, cuando estaba acostado en la casa de los predicadores, y oyó a aquella estrella como riñéndole, diciendo: “¿No te dije que sólo podrías salvarte en la orden de los frailes predicadores? Cuidado, pues, con lo que haces”.

(24)* Ramón, pues, considerando por una parte su condena si no se quedaba con los predicadores, y por otra la pérdida de su *Arte* y de los libros que había escrito, si no se quedaba con los frailes menores, eligió, cosa más que admirable, su propia condena eterna antes que la pérdida de la predicha *Arte*, que él sabía recibida de Dios para la salvación de muchos y, sobre todo, para honor de Dios.



19

Prefirió su propia condenación antes que la pérdida del *Ars*

Y de esta manera, a pesar de la protesta de la citada estrella, envió a buscar al guardián de los frailes menores, a quien pidió que le diese su hábito. El guardián le prometió que se lo daría cuando estuviese más cerca de la muerte.

(24)* Ramón, pues, aunque desesperando de que Dios le quisiese salvar, con el fin de no pasar por hereje ante los frailes o ante el pueblo, quiso confesarse superficialmente y hacer testamento, y así lo hizo.

Pero cuando el sacerdote trajo a su presencia el cuerpo de Cristo y, de pie frente al rostro de Ramón, se lo presentó, el propio Ramón sintió como si, empujado por la mano de algún hombre, su cara, que hasta entonces la había tenido recta, se la torcieran en dirección a su hombro derecho. Y le parecía que, al mismo tiempo, el cuerpo de Cristo, que entonces le era ofrecido por el sacerdote, pasaba a la parte contraria, es decir, hacia su hombro izquierdo, diciéndole: “Sufrirás el castigo correspondiente si me tomas ahora en estas condiciones”.

Pero Ramón, firme en la resolución que previamente había tomado en su interior, es decir, que prefería ser condenado eternamente antes que, por su mala fama, causar la pérdida del *Arte* que le había sido revelado para el honor de Dios y la salvación de muchos, sintió de nuevo como si la mano de un hombre

le volviera a torcer la cara, que aún tenía girada, hasta dejarla recta. En aquella posición, viendo entonces el cuerpo de Cristo en manos del sacerdote, inmediatamente se arrojó de la cama al suelo, besando el pie del propio sacerdote. Y así recibió entonces el cuerpo de Cristo, intentando, bajo tal apariencia de devoción, salvar por lo menos el *Arte* predicho.

¡Oh admirable tentación, o más bien, según parece, gestión de la divina prueba! En otro tiempo el patriarca Abraham, *confió contra toda esperanza* (Rom. 4, 18); en cuanto a Llull, al preferir decididamente, por encima de su propia salvación, el *Arte* o doctrina por medio de la cual muchos podrían orientarse a entender y amar y honrar a Dios, igual que el sol, cubierto por una nube, sigue ardiendo en sí mismo, desesperando de Dios, de manera increíble, bajo un cierto oscurecimiento de su mente, demostró que amaba a Dios, y a su prójimo a causa de Dios, infinitamente más que a sí mismo, como se desprende claramente de lo anteriormente expuesto.

(25) Mientras Ramón estaba aún retenido por aquella grave enfermedad de cuerpo y alma, le llegó el rumor de que había en el puerto una galera que se preparaba para zarpar rumbo a Túnez. Cuando oyó esto, como el que despierta de un pesado sueño, rápidamente se hizo llevar con sus libros a aquella nave. Pero sus amigos, viéndolo a las puertas de la muerte, se compadecieron de él y a su pesar lo sacaron de la nave, cosa que le dolió mucho.

Pero Ramón, sabiendo poco después que otra nave, del tipo que los genoveses llaman comúnmente barca, se estaba preparando para viajar a la dicha ciudad o reino de los sarracenos, es decir, a Túnez, se hizo llevar a aquella barca con sus libros y demás cosas necesarias, contra la voluntad y el consejo de sus amigos.

* La duplicidad en el número es un error del propio manuscrito.



Se embarcó para Túnez con sus libros

Tan pronto como los marineros comenzaron a navegar, a la salida del puerto, Ramón, con una repentina alegría en el Señor, por una misericordiosa iluminación del Espíritu Santo recobró la esperanza del conocimiento que creía haber perdido bajo la mencionada obnubilación, a la vez que la curación de su debilitado cuerpo. Hasta el punto de que, en poquísimos días, ante la admiración de todos los que iban con él, incluso la suya propia, se sintió en tan buen estado de mente y de cuerpo como no había estado en toda su vida anterior.

(26) Habiendo dado por todo ello las debidas gracias a Dios, poco después llegaron al puerto de Túnez, donde pusieron pie en tierra y entraron en la ciudad.

Convocando paulatinamente, un día tras otro, a los más versados en la ley de Mahoma, Ramón les dijo, entre otras cosas, que él conocía bien los fundamentos de la ley de los cristianos en todos sus artículos, y que había venido con este fin: si después de escuchar los fundamentos de su ley, es decir, la de Mahoma, los encontraba, tras haber establecido conjuntamente una confrontación entre ellos, más sólidos que los argumentos de los cristianos, él mismo se convertiría a su secta.



21

Tuvo confrontación con los sabios de Mahoma

Y como de día en día le llegaba gente más numerosa y más versada en la ley de Mahoma para exponerle los argumentos de su ley, a fin de convertirlo a su secta, él, respondiendo fácilmente a sus argumentos, les dijo:

“Conviene que cada sabio mantenga aquella fe que atribuye al Dios Eterno, en el que creen todos los sabios del mundo, la mayor bondad, sabiduría, virtud, gloria, perfección y demás atributos similares, y todos ellos en la mayor igualdad y concordancia. También es más loable aquella fe en Dios que pone la mayor concordancia y armonía entre Dios, que es la suma y primera causa, y su efecto.

Pero yo, según lo que me habéis expuesto, creo que todos vosotros, los sarracenos, que estáis bajo la ley de Mahoma, no entendéis en las dignidades divinas predichas y otras similares la existencia de actos propios intrínsecos y eternos, sin los cuales las propias dignidades serían inoperantes, y esto desde la eternidad. A los actos, por cierto, de bondad, los llamo bonificativo, bonificable y bonificar; a los actos de grandeza, magnificativo, magnificable y magnificar; y así de todas las demás divinas dignidades citadas y similares.

Pero como vosotros, según veo, atribuíis los predichos actos sólo a dos dignidades o razones divinas, es decir, a la sabiduría y la voluntad, queda con ello manifiesto que vosotros, en todas las demás predichas razones divinas, es decir, la bondad, la grandeza, etc. las dejáis en la inoperatividad, y por consiguiente ponéis desigualdad, como también discordia entre ellas, cosa que no se puede hacer.

Por los actos substanciales intrínsecos y eternos de las predichas dignidades, razones o atributos, tomados como debe ser, en igualdad y concordancia, los cristianos prueban, de manera evidente, que, en una simplicísima esencia y naturaleza divina, existe una Trinidad de personas, a saber, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

(27) Lo cual yo, por medio de un *Arte* revelado hace poco por inspiración divina, según se cree, a cierto ermitaño cristiano, os podré demostrar con argumentos diáfanos, si Dios lo permite en su generosidad y si vosotros queréis tratar conmigo sobre estos temas, durante unos cuantos días, con ánimo tranquilo.

También mediante el mismo *Arte* os quedará claro, si os parece bien, de manera sumamente razonable, cómo en la encarnación del Hijo de Dios, por participación, es decir, por la unión del creador y la criatura en la única persona de Cristo, la primera y suma causa conviene y concuerda de la manera más razonable con su efecto. Y también cómo se muestra esto en su grado máximo y más noble en la pasión del mismo Cristo, Hijo de Dios, que soportó en la parte de humanidad que había asumido, con su voluntaria y misericordiosísima consideración, a fin de redimirnos a nosotros, pecadores, del pecado y corrupción de nuestro primer padre, y reconducirnos al estado de gloria y fruición divinas; tal estado es la causa y el fin por el que el Dios bendito nos creó a nosotros, los hombres.

(28) Cuando, pues, parecía que Ramón ya estaba ilustrando las mentes de los infieles sobre tales cosas, sucedió que cierto

hombre de no poca fama entre los sarracenos, que había comprendido no sólo las palabras de Ramón sino también sus intenciones, estuvo rogando al rey con insistencia para que mandara decapitar a ese hombre que se empeñaba en subvertir a la población sarracena y asimismo, con osadía temeraria, destruir la ley de Mahoma.

A la espera de que se celebrara un consejo para tratar este asunto, por instigación de dicho hombre renombrado y de muchos otros, la voluntad del rey ya se inclinaba por la muerte de Ramón.

A la vista de esto, uno de ellos, de espíritu prudente y científico, intentó oponerse a tanta malicia, intentando persuadir al rey de que no le sería honroso matar a un tal hombre, el cual, aunque procuraba difundir su ley cristiana, parecía gozar sin embargo de una poderosa fuerza de bondad y prudencia, añadiendo que también sería reputado como bueno el sarraceno que se atreviera a ir entre los cristianos para imprimir en los corazones ajenos la ley sarracena.

El rey, pues, haciendo caso a argumentos de este tipo y a otros similares, desistió de la muerte de Ramón; pero de todas maneras ordenó su inmediata expulsión del reino de Túnez.

Quando fue sacado de la cárcel, sufrió [Ramón] muchos insultos, golpes y tribulaciones por parte de mucha gente.



Fue sacado de la cárcel y siguieron las tribulaciones

(29) Finalmente fue llevado a una nave genovesa que iba a zarpar en breve. Y mientras iba, el rey decretó que fuera apedreado a muerte si se le encontraba otra vez en su patria.

Se dolía [Ramón] inmensamente, pues había preparado para el bautismo a unos hombres de gran reputación, junto con muchísimos otros, gente a la que él, antes de su partida, con toda resolución trataba de reconducir a la absoluta luz de la fe ortodoxa (correcta). Y mientras de este modo el hombre de Dios se encontraba afligido por la espina de la confusión, sucedió que aquella nave a la que lo habían llevado zarpó hacia su tierra.

Al ver aquello, Ramón sentía que las tribulaciones le caían encima de todas partes. Puesto que si se alejaba, veía a las almas que ya había preparado para el culto cristiano volver a caer en el lazo de la condenación eterna; pero si se atrevía a quedarse, sabía que la locura de los sarracenos tenía preparada su muerte.

El hecho es que, encendido todo él de amor a Dios, no temía afrontar los peligros de la muerte, si con ello podía conseguir para las almas algún resultado salvador. Y dejando la nave que se iba, entró secretamente en otra que había en el mismo puerto, pues esperaba poder llegar a tierra de alguna forma sin el obstáculo del ataque bestial de quienes querían darle muerte, para llevar a término el buen trabajo comenzado en aquellos otros anteriormente mencionados.

(30) Estando pues así las cosas, sucedió que cierto cristiano, parecido a Ramón en aspecto y vestimenta, iba por la ciudad; los sarracenos, sospechando que fuera Ramón, lo cogieron, y mientras querían apedrearlo, aquel hombre gritaba: “¡Yo no soy Ramón!” E investigando, supieron que Ramón debía estar en la nave; así escapó aquél de sus manos.

Ramón, pues, permaneció en aquel lugar durante tres semanas. Y viendo que allí no podía llevar a cabo nada a favor del servicio de Cristo, pasó a Nápoles donde, leyendo su *Arte*, permaneció hasta la elección del Papa Celestino V.

(31) Después de esto, marchó Ramón a la corte romana, con el fin de conseguir del Papa algo que durante largo tiempo había estado buscando, como se ha dicho más arriba, a favor de la fe de Cristo. Y allí escribió libros.

Pero al poco tiempo, al Papa Celestino V le sucedió el Papa Bonifacio VIII. Ramón se dispuso con todas sus fuerzas a suplicarle en favor de algunas cosas útiles para la fe cristiana. Y aunque sufrió muchas angustias, siguiendo frecuentemente al Sumo Pontífice, a pesar de ello no cejaba de ninguna manera en su intento, confiando en que sin duda alguna se dignaría escuchar a una persona que le suplicaba públicamente, no para su propio bien o por una prebenda, sino incansablemente para el bien de la fe católica.

(32) Al final, viendo Ramón que no podía obtener nada del Sumo Pontífice, marchó a la ciudad de Génova, donde redactó algunos libros.

A continuación se fue a ver al rey de Mallorca.

Después de entrevistarse con él, se puso rápidamente en camino hacia París, donde al tiempo que leía públicamente su *Arte*, completó el mayor número de libros que pudo. Más tarde se dirigió al rey, suplicándole acerca de algunas empresas muy útiles para la santa iglesia de Dios.

Pero viendo que poco o nada obtenía en relación con ello, regresó a Mallorca. Donde prolongando su estancia, intentó, tanto con discusiones como con predicaciones, llevar al camino de la salvación a los innumerables sarracenos que allí vivían. También escribió allí algunos libros.

(33) Mientras Ramón sudaba con tales trabajos, sucedió que corrió la noticia de que el emperador de los tártaros, Ghazan, había atacado el reino de Siria y ambicionaba someterlo completamente bajo su dominio.

Cuando oyó esto, encontrando una nave aparejada, Ramón tomó pasaje hasta Chipre; allí descubrió que la noticia era completamente falsa.

Viéndose, por tanto, frustrado en la intención con la que había ido, comenzó a buscar otra vía en la que pudiese emplear el tiempo que Dios le había concedido, no en ocio, sino más bien en una obra aceptable a Dios y de provecho para el prójimo.

Pues había guardado en su corazón siempre despierto aquel consejo del apóstol que dice: (*Gal. 6, 9*) “*Obrando el bien no desfallezcamos, pues a su tiempo recolectaremos si no flaqueamos*” y del profeta que dice (*Sal.125, 6*): “*A la ida, andaban llorando, esparciendo sus semillas; al volver vienen exultantes, trayendo sus gavillas*”.

(34) Así es que Ramón se fue a ver al rey de Chipre, rogándole con mucha vehemencia que exhortase a ciertos infieles y cismáticos, es decir, a los jacobinos, nosculinos y mommunos, para que fueran a escuchar su predicación, como también a debatir con él.

Al mismo tiempo suplicó que, una vez hecho lo que en aquellas circunstancias pudiera hacer para la edificación de dicha gente, el rey de Chipre quisiera enviarlo al sultán, que es sarraceno, y también al rey de Egipto y Siria, a fin de instruirlos sobre la santa fe católica. Pero el rey no atendió a estas propuestas.

Entonces Ramón, confiando en aquel que *predica la Palabra con mucha virtud* (*Sal. 67, 12*), comenzó a trabajar animosamente entre ellos, con el único auxilio de Dios, por medio de predicaciones y de discusiones.

Pero al fin, insistiendo en las predicaciones y enseñanzas, se encontró afligido por una enfermedad física de no poca gravedad.

Dos personas en este momento le servían: un clérigo y un criado, los cuales, *no poniendo a Dios ante tus ojos* (*Sal. 53, 5*) y olvidando su salvación, planearon arrebatar con sus manos criminales los bienes del hombre de Dios. Y cuando Ramón se

dio cuenta de que había sido envenenado por ellos, los hizo abandonar su servicio, con manso corazón.

(35) Llegándose a Famagusta, fue recibido con gran alegría por el Maestre del Temple, que estaba en la ciudad de Limisson, y se quedó en su casa hasta que hubo recobrado su antiguo estado de salud.

Después de esto Ramón embarcó hacia Génova, donde publicó muchos libros.

A continuación marchó a París, y allí estuvo leyendo con éxito su *Arte* y redactó numerosos libros.

En tiempo del Papa Clemente V, dejando la ciudad de París, llegó a Lyon. Y deteniéndose allí, suplicaba al Sumo Pontífice por un asunto extraordinariamente bueno y fecundo para la fe, a saber, que el propio Papa ordenara construir monasterios donde se establecieran hombres devotos y aptos, quienes, tras aprender las lenguas de diversos pueblos, pudieran predicar el Evangelio a todos los infieles, según el mandato del Señor que dice: (Mc. 16, 15) *“Id por todo el mundo para predicar el Evangelio a toda criatura”*. Pero tanto el Papa como los cardenales hicieron poco caso de aquella petición.

(36) Desde allí Ramón regresó a Mallorca, donde embarcó hacia la tierra de los sarracenos llamada Bugía.

En la plaza principal de aquella ciudad, Ramón, puesto en pie, clamaba a voz en grito, diciendo estas palabras: “La ley de los cristianos es verdadera, santa y recibida de Dios; la ley de los sarracenos es falsa y errónea. Y estoy dispuesto a probarlo”.



23

En Mallorca embarcó para Burgia, Argelia

Mientras con un tal discurso trataba de acercar a la fe de Cristo, usando la lengua sarracena, a la multitud de paganos reunidos en ese momento en torno suyo, muchos cayeron sobre él, con manos criminales, queriendo apedrearlo a muerte.

Mientras así se encarnizaban contra él, el principal sacerdote u obispo de la ciudad envió emisarios con la orden de llevar a ese hombre a su presencia.

Cuando Ramon fue presentado ante el obispo, éste le dijo: “¿Cómo te has enredado en una insensatez tan grande, pensando que puedes atacar la verdadera ley de Mahoma? ¿No sabes que cualquiera que piensa tal cosa es reo de la pena capital?”

Ramón respondió: “El verdadero siervo de Cristo, que ha experimentado la verdad de la fe católica, no debe temer los peligros de la muerte corporal cuando puede obtener la gracia de la vida espiritual para las almas de los infieles”.

(37) A lo cual contestó el obispo: “Si crees, pues, que la ley de Cristo es verdadera, y consideras falsa la ley de Mahoma, aduce una razón necesaria que lo pruebe”. Pues aquel obispo era un reconocido filósofo.

Ramón respondió: “Lleguemos los dos a un punto común, y a partir de ahí te daré una razón necesaria”.

Como esto le pareció bien al obispo, Ramón le interrogó diciendo: “¿Es Dios perfectamente bueno?” El obispo respondió afirmativamente.



Le dijo a Ramón: aduce una razón para que yo crea

Entonces Ramón, queriendo probar la Trinidad, comenzó a argumentar así: “Todo ente perfectamente bueno es en sí tan perfecto que no tiene necesidad de hacer el bien fuera de sí mismo, ni de mendigar. Tú dices que Dios es perfectamente bueno, desde la eternidad y por toda la eternidad; así pues, no necesita mendigar ni hacer el bien fuera de sí mismo, ya que si fuera así, sencillamente no sería perfectamente bueno. Y puesto que tú niegas la beatísima Trinidad, supongamos que no existe: en este caso Dios no fue perfectamente bueno desde la eternidad hasta que hizo surgir el bien del mundo en el tiempo. Pero tú crees en la creación del mundo, y por tanto crees que Dios, cuando creó el mundo en el tiempo, fue más perfecto en bondad que antes, puesto que la bondad es más buena cuando se difunde que cuando no hace nada. Esto entiendo por parte tuya.

Por mi parte, sin embargo, entiendo que la bondad es difusiva desde la eternidad y por toda la eternidad. Y esto es de razón en cuanto al bien, el hecho de ser difusivo de sí mismo, ya que Dios Padre, [que es] bueno, a partir de su bondad genera al Hijo, [asimismo] bueno, y de ambos surge como un hálito de bondad el Espíritu Santo.”

(37) El obispo, estupefacto ante su argumentación, no formuló ni una sola réplica, sino que mandó prenderlo y encarcelarlo al instante. Fuera había una gran multitud de sarracenos esperando darle muerte. No obstante, se publicó un edicto del obispo prohibiendo cualquier maquinación sobre la muerte de aquel hombre, pues pensaba someter personalmente al dicho varón a un género de muerte apropiado.

Ramón, entonces, al franquear [las puertas de] la casa del obispo para dirigirse a la prisión, fue golpeado, ya a bastonazos, ya con las manos, y a continuación, brutalmente arrastrado por la barba, que le había crecido en abundancia; fue encerrado en la letrina de la prisión de los ladrones, a modo de celda de castigo, donde llevó una vida penosa durante cierto tiempo. Después lo pusieron en una celda de la misma prisión.



Fue golpeado y llevado a la cárcel

(38) Al día siguiente se congregaron los clérigos de la ley ante el obispo pidiendo su muerte. Convocado un consejo [para determinar] cómo perderlo, se decidió por mayoría la comparecencia de Ramón; si comprobaban que era un hombre de saber, sería eliminado de raíz; pero si era un ignorante, un “bendito”, lo dejarían ir como tal bendito.

Al oír aquello, uno de los que había viajado desde Génova a Túnez con Ramón, y que había sido un oyente asiduo de sus discursos y explicaciones, les dijo: “Mirad que no comparezca aquí en el palacio; pues manejará tales razones contra nuestra ley que será difícil, incluso imposible, responderle”.

Acordaron entonces no convocarlo, y poco después lo cambiaron a una prisión más suave.

Después, los genoveses y los catalanes que vivían allá se reunieron y obtuvieron que se le instalara en un lugar más decente, cosa que se hizo.

(40) Ramón, pues, permaneció allí prisionero durante medio año.

Y recibía frecuentes visitas de clérigos o enviados del obispo que le prometían mujeres, honores, casa y dinero en abundancia, con el fin de convertirlo a la ley de Mahoma.

Pero *fundamentado sobre roca firme* (cf. Mt. 7, 25; Lc. 6, 48), el hombre de Dios, Ramón, les decía: “Si queréis creer en el Señor Jesucristo y procuráis dejar esa ley errónea, yo os ofrezco las mayores riquezas y os prometo la vida eterna”.

Como se entregaban a tales debates con gran frecuencia, acordaron hacer cada cual un libro, donde cada una de las partes probase su ley con los argumentos más eficaces que pudiera. Además, el que aportara razones más firmes haría que su ley fuera aceptada como más verdadera.

Y cuando Ramón se estaba dedicando intensamente a su libro, sucedió que, de parte del rey de Bugía, que en ese momento se hallaba en la ciudad de Constantina, llegó la orden de que Ramón, a la lectura de la carta, fuese expulsado de Bugía.

(41) Cuando subió, pues, a una nave en aquel puerto, se ordenó al patrón de dicha nave que no permitiera a ese hombre volver atrás.

Mientras aquella nave viajaba hacia Génova, sucedió que a la altura del puerto de Pisa se levantó una violenta tempestad. Se hallaban a unas diez millas de dicho puerto y, como la nave sufrió por todas partes gravísimas embestidas del temporal, al fin naufragó; algunas personas murieron ahogadas, pero otras, guiadas por la ayuda de Dios, se salvaron. Entre éstas [se encontraban] Ramón y su compañero, [quienes], habiendo perdido irremisiblemente todos sus libros y su ropa, alcanzaron casi desnudos la costa en una barca.

26



Naufragó cerca del puerto de Pisa

Y al llegar a la ciudad de Pisa algunos ciudadanos le hicieron un recibimiento de honor.

Allí el hombre de Dios, aunque estaba viejo y débil, insistiendo sin embargo como siempre en su tarea a favor de Cristo, terminó su *Ars Generalis Ultima*.

Tanto de la inmensa eficacia como el sabroso y perfecto conocimiento de este *Arte*, y también de sus otros libros, es digno quien no busque como fin último y sumo bien la gloria y la vana filosofía de este mundo, sino el inquebrantable amor y sabiduría de Dios.

(42) Acabado, pues, por completo el dicho *Arte* y allí mismo muchos otros libros, queriendo además mover a la comunidad de ciudadanos de Pisa al servicio de Cristo, propuso a su asamblea que sería bueno el que religiosos caballeros cristianos se reunieran en una única orden, dedicada, naturamente, a la empresa de dar batalla incesante contra los sarracenos, con el fin de recuperar la Tierra Santa.



Quiso la unión de los caballeros cristianos y la conquista de Tierra Santa

Cediendo a su agradable discurso y a su grato consejo, escribieron una carta al Sumo Pontífice y a los cardenales tratando de tan saludable empresa.

Tras conseguir esta carta en la ciudad de Pisa, se apresuró a marchar a Génova, donde obtuvo cartas similares. Allí muchas mujeres y viudas devotas acudieron a él, y los nobles de aquella ciudad le prometieron veinticinco mil florines en auxilio de Tierra Santa.

Partiendo de Génova llegó hasta el Papa, que por entonces residía en Aviñón.

Viendo, sin embargo, que allí no podía obtener nada referente a su objetivo, se dirigió a París, donde leyó públicamente su *Arte* y también el mayor número que pudo de los otros libros que había escrito anteriormente.

Asistió a su lectura una multitud tanto de maestros como también de estudiantes.

A ellos les exponía no sólo una doctrina bien consolidada con razonamientos filosóficos, sino que también les manifestaba una sabiduría basada de manera admirable en los profundos principios de la fe cristiana.

(43) Mas como veía que por las propuestas del Comentador de Aristóteles, o sea, Averroes, muchísimos se desviaban de la

rectitud de la verdad, incluso en muchas cosas fundamentales de la fe católica, pues decían que, en su opinión, la fe cristiana era imposible (filosóficamente) en tanto y cuanto no hay forma de comprenderla, pero opinaban que era verdadera en cuanto a la forma de creer (Fe), tal como están implantadas en el colegio de los cristianos, por ello Ramón, poniendo su empeño en refutar por la vía demostrativa y científica una tal concepción [de las cosas], desmontaba de múltiples maneras sus argumentos. Puesto que si la fe católica no se pudiera probar según la forma de comprender, sería imposible que fuera verdadera. Sobre lo cual compuso [algunos] libros.

(44) A continuación, sabiendo Ramón que por el padre santísimo, el señor Papa Clemente V, iba a ser convocado un concilio general en la ciudad de Vienne, en los primeros días de octubre del año del Señor 1311, se propuso ir a dicho concilio, con el fin de obtener allí tres cosas para el restablecimiento de la fe ortodoxa.

La primera, la construcción de un lugar adecuado donde se congregaran hombres devotos y de gran capacidad intelectual, para estudiar en diversos idiomas, con el fin de que supieran *predicar la doctrina evangélica a toda criatura* (cf. Mc. 16,15).

La segunda, que de todos los caballeros religiosos cristianos se hiciera una sola orden, con el objetivo de mantener en ultramar una guerra incesante contra los sarracenos hasta la recuperación de Tierra Santa.

La tercera, que el señor Papa ordenara con presteza un remedio contra las opiniones de Averroes, que en muchas cosas se mostró como un pervertidor de la verdad, consistente en que por medio de hombres católicos, inteligentes, que no buscasen su propia gloria sino el honor de Cristo, se hiciese frente a las mencionadas opiniones y a cuantos las sostienen, los cuales parece que se oponen a la verdad y la sabiduría increada, el Hijo de Dios Padre.

Sobre estas cosas, compuso Ramón un librito titulado *Liber Natalis*, demostrando poseer todavía argumentos convincentes, tanto filosóficos como teológicos, contra ellos, los cuales presentó con gran claridad en algunos de sus libros.

En efecto, este siervo de Dios, verdadero divulgador de la suma verdad y la profundísima Trinidad, escribió, entre sus fatigas cotidianas, más de ciento veintitrés libros.

(45) Habían transcurrido ya cuarenta años desde que dirigió *todo su corazón, toda su alma, todas sus fuerzas y toda su mente hacia Dios* (cf. Mt. 22, 37; Mc. 12, 30). Durante este intervalo de tiempo estuvo continuamente redactando libros, aprovechando con diligencia el tiempo libre de que podía disponer.



28

Sus libros se divulgaron en 3 lenguas

Con justicia pudo pronunciar las palabras de David, cuando exclamó (Sal. 44, 2): “De mi corazón ha brotado una palabra buena, dedico mis obras al Rey; mi lengua es la pluma de un escribano que escribe velozmente”. Sin duda, su lengua fue la pluma de aquel escribano no creado, es decir, el Espíritu Santo, que otorga *la Palabra a los que predicán la buena nueva en estado de gran virtud* (Sal. 67, 12). Hablando del cual el Salvador dijo a los apóstoles (Mt. 6, 20): “*Pues no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre el que habla en vosotros*”.

Queriendo que todos participaran de la utilidad de sus libros, publicó muchos en lengua arábica, puesto que conocía aquel idioma.

Sus libros han sido divulgados por doquier, pero en tres lugares mandó especialmente que se reunieran, a saber, en el monasterio de los cartujos de París, en casa de un noble de la ciudad de Génova, y en casa de un noble de la ciudad de Mallorca.

Dijo Llull:

El amor nace del recuerdo, vive de la inteligencia y muere por olvido.

Vive mejor el pobre dotado de esperanza que el rico sin ella.

El filósofo no claudica ni por amor ni por temor.

Convento de Capuchinos
El Pardo
Camino de El Cristo,11
(Madrid - 28048)
Tel.: 913760800 - Fax - 913761754

